

El punto de vista de un miembro de **A.A.** sobre la comunidad



Esta literatura está aprobada por la
Conferencia de Servicios Generales de A.A.

ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS[®] es una comunidad de hombres y mujeres que comparten su mutua experiencia, fortaleza y esperanza para resolver su problema común y ayudar a otros a recuperarse del alcoholismo.

- El único requisito para ser miembro de A.A. es el deseo de dejar la bebida. Para ser miembro de A.A. no se pagan honorarios ni cuotas; nos mantenemos con nuestras propias contribuciones.
- A.A. no está afiliada a ninguna secta, religión, partido político, organización o institución alguna; no desea intervenir en controversias; no respalda ni se opone a ninguna causa.
- Nuestro objetivo primordial es mantenernos sobrios y ayudar a otros alcohólicos a alcanzar el estado de sobriedad.

*Copyright © por AA Grapevine, Inc.;
reimpreso con permiso.*

Copyright © 2019
por Alcoholics Anonymous World Services, Inc.

Todos los derechos reservados.

Dirección Postal:
Box 459
Grand Central Station
New York, NY 10163

www.aa.org

**El punto de vista
de un miembro de
A.A. sobre la Comunidad**

El propósito de este folleto es el de explicar cómo funciona A.A. a gente que en su trabajo profesional ayuda en el tratamiento del alcohólico. Aunque es cierto que el programa de A.A. depende del compartimiento de experiencia, fortaleza y esperanza entre los alcohólicos, el proceso de recuperación en sí mismo es algo muy personal y cada miembro lo adapta para responder a sus necesidades particulares. Por lo tanto, el programa queda descrito aquí tal y como le parece a un solo miembro; no obstante, el hecho de haber sido aprobado por la Conferencia de Servicios Generales de A.A. indica, que el folleto, refleja el pensamiento de la Comunidad.

El autor de esta ponencia la presentó por primera vez ante una clase acerca del asesoramiento del alcoholismo en una de nuestras universidades más destacadas. A.A.W.S., Inc. quiere agradecerle por el permiso tan generoso que le ha concedido para reimprimirla y distribuirla.

ESTA NOCHE DESEO DIRIGIRME a ustedes valiéndome de un texto redactado de antemano — por la siguiente razón: Hasta esta coyuntura en mi asociación con Alcohólicos Anónimos, he hablado *en* A.A. o ante una de las organizaciones separadas pero derivadas de A.A., Al-Anon y Alateen. He estado participando en una terapia, y he sido *yo* el sujeto. Por lo tanto, cuanto más *subjetiva* la charla, mejor. Esta noche, se me ha pedido hablar *acerca de* dicha terapia, y la diferencia inmediatamente resulta obvia. Me parece que debo esforzarme por ser tan *objetivo* como sea posible y para asegurarme de ello, he tenido que dedicarme a pensarlo y prepararlo con antelación. Hasta qué punto puede ser objetivo un miembro de A.A. al referirse a una organización que cree haberle ayudado a salvar su vida, es una cuestión discutible; pero puedo intentarlo.

Mi tarea esta noche es más difícil de lo que parece a primera vista, porque —como ya saben aquellos de ustedes que son miembros de A.A.— no existe ninguna interpretación *oficial* que les pueda ofrecer sin más. No hay ninguna “línea política del partido”, ninguna recopilación de dogma y doctrina que los miembros suscriban, ningún credo que recitemos. Aun si el mismo cofundador sobreviviente de A.A.* estuviera aquí hablando ante ustedes esta noche, no podría sino decirles cómo le parece a él. Personalmente, considero esta ausencia de ortodoxia como uno de los principios más importantes y terapéuticos de A.A. — y espero volver a tratar este punto con detalle más tarde. No obstante, en momentos como éste, puede causarnos algunas dificultades. Quede establecido que, cualquier cosa que yo les diga esta noche es y tiene que seguir siendo una observación completamente personal. Efectivamente, esta ponencia podría ser titulada “El punto de vista de un miembro de Alcohólicos Anónimos sobre la Comunidad”. Y visto que lo estoy diciendo en este ambiente universitario, no les pido más que lo escuchen con el espíritu de investigación honesta y liberal.

*Bill W. murió el 24 de enero de 1971

Creo que ya saben *por qué* se me ha pedido hacerlo. Ya que una de las Tradiciones más sólidas de A.A. es “nuestra política de relaciones públicas se basa en la atracción y no en la promoción”, no estoy aquí para vendérsela — ya sea que se estén preparando para ser consejeros en el futuro o que sean alcohólicos en la actualidad. La eficacia de A.A. comparada con la de otros métodos para la recuperación del alcoholismo, habla por sí misma, y estoy seguro de que ustedes se han enterado de esto ya hace mucho tiempo.

Es muy lógico suponer que, si una manera de abordar un problema produce resultados notablemente mejores y más espectaculares que otros, ese método contiene algún factor o factores únicos que lo distinguen de los demás y que conforman la base causativa de su rendimiento superior. ¿Es ésta una acertada suposición respecto a Alcohólicos Anónimos? Y si lo es, ¿qué es lo que constituye su unicidad?

Tal vez podamos poner fin a nuestra búsqueda rápidamente, citando una definición de Alcohólicos Anónimos. La que se puede llamar la definición “oficial” y que se lee en muchas reuniones de A.A., dice lo siguiente:

“Alcohólicos Anónimos es una comunidad de hombres y mujeres que comparten su mutua experiencia, fortaleza y esperanza para resolver su problema común y ayudar a otros a recuperarse del alcoholismo.

El único requisito para ser miembro de A.A. es el deseo de dejar la bebida. Para ser miembro de A.A. no se pagan honorarios ni cuotas; nos mantenemos con nuestras propias contribuciones. A.A. no está afiliada a ninguna secta, religión, partido político, organización o institución alguna; no desea intervenir en controversias; no respalda ni se opone a ninguna causa. Nuestro objetivo primordial es mantenernos sobrios y ayudar a otros alcohólicos a alcanzar el estado de sobriedad”.

Sí, es un poco larga y, al igual que la mayoría de las definiciones que se proponen en el mundo de hoy, logra evitar decirle lo que es, haciendo resaltar lo que no es.

Quizá tendremos más suerte al referirnos al

texto básico de A.A., el libro *Alcohólicos Anónimos*, publicado originalmente en 1939 y redactado por Bill W, con la colaboración y consejo de los cien primeros alcohólicos que lograban mantenerse sobrios durante un año. En el Capítulo V, titulado “Cómo funciona”, leemos las siguientes palabras:

“Nuestra descripción del alcohólico, el capítulo sobre los agnósticos y nuestras aventuras personales antes y después, ponen en claro tres ideas pertinentes:

a) Que éramos alcohólicos y que no podíamos gobernar nuestras propias vidas.

b) Que probablemente ningún poder humano hubiera podido remediar nuestro alcoholismo.

c) Que Dios podía remediarlo y lo remediaría, si Lo buscábamos”.

Estas llamadas ideas, aunque sean más específicas, no son en absoluto exclusivas de A.A. El ser humano se ha arrodillado vencido en una admisión de su impotencia personal desde los comienzos del tiempo. Así mismo, desde los comienzos del tiempo el ser humano se ha amparado en la idea de un Ser sobrenatural que le libraría de un destino funesto, si celebrara ciertos ritos y observara ciertas reglas. Claro que no hay ningún factor nuevo o distintivo aquí; no obstante, las tres “ideas” que acabamos de citar componen la piedra angular de la filosofía de A.A. ¿Dónde debemos dirigirnos ahora en nuestro esfuerzo para identificar la unicidad de A.A.?

La primera frase de la primera definición arriba mencionada contiene la única declaración de lo que A.A. “es” que yo haya podido encontrar en toda la literatura de A.A. Volvamos a escucharla:

“Alcohólicos Anónimos es una comunidad de hombres y mujeres que comparten su experiencia, fortaleza y esperanza, unos con otros, para resolver su problema común y ayudar a otros a recuperarse del alcoholismo”.

Otra vez, ¿hay algo aquí completamente nuevo? Las experiencias de los alcohólicos son en su esencia lo mismo. Aunque puedan variar según las circunstancias, el tema es siempre el mismo: una deterioración progresiva de la personalidad humana.

Y la fortaleza que estos hombres y mujeres tienen, varía de día en día, tanto en grado como en sustancia. ¿Cuál es, entonces, el factor *constante*? ¿Cuál es la diferencia distintiva de A.A.?

¿Puede ser que nuestra respuesta esté en la *manera* en que se comparten esta experiencia, fortaleza y esperanza y —aun más importante— en *quién* las está compartiendo? ¿Está contenido el secreto —como lo están la mayoría de los secretos— en cómo comenzó todo?

Mucho tiempo antes de que existiera una definición de A.A., antes de que hubiera un libro, los Pasos, las Tradiciones o un programa de recuperación, hubo una noche en Akron, Ohio, hace unos escasos 33 años.* Una noche en la que un hombre llamado Bill W., encontrándose solo, inquieto y asustado en una ciudad desconocida, llegó a la conclusión de que su única esperanza de mantener la sobriedad que había ganado a duras penas, era hablar con otro alcohólico y tratar de ayudarlo. Que sepa yo, este es el primer caso atestiguado en que un alcohólico, consciente y *deliberadamente*, acudió a otro, no para emborracharse con él, sino para mantenerse sobrio.

En aquel encuentro decisivo que Bill W. y el Dr. Bob tuvieron la siguiente tarde, ¿tuvo por fin su respuesta la pregunta retórica hecha hace dos mil años por Jesucristo: “Si los ciegos guían a los ciegos, ¿no se caerán juntos en el abismo?” Y, en 1935, ¿fue esta respuesta, por extraño que parezca, “No”? Quizás lo que ocurrió aquella noche no contradiga la máxima de Cristo. Tal vez uno que era un poco menos ciego, que por fin podía discernir formas nebulosas y vagas líneas, describió lo que veía a otro que vivía todavía en completa oscuridad.

Mucho más importante de lo *que* se decía aquella noche era *quién* lo estaba diciendo. Largo tiempo antes de que el alcohólico común y corriente cruce el umbral de su primera reunión de A.A., ha ido buscando ayuda de otros, o se le ha ofrecido ayuda y, en algunos casos, incluso se le ha obligado a aceptarla. Pero aquellos que le ayudan son siempre seres *superiores*: cónyuges, padres,

*En el momento en que este artículo fue redactado. El año al que se refiere es 1935.

médicos, patrones, sacerdotes, ministros, rabinos, gurus, jueces, policías, aun los camareros de bar. La culpabilidad moral del alcohólico y la superioridad moral del que le ayuda, aunque no sean expresas, siempre están bien entendidas. La insinuación de la desaprobación parental y de la disciplina encarnada por estas figuras de autoridad siempre está presente. Hace 33 años, por vez primera, de repente un alcohólico oyó algo diferente. En vez de la insistente y amenazadora cantilena de “esto es lo que usted debe hacer”, oyó una voz que podía reconocer inmediatamente: “Esto es lo que hice yo”.

Personalmente estoy convencido de que la búsqueda que emprende todo ser humano, desde la cuna hasta la tumba, es la de encontrar por lo menos a otro ser humano, ante quien pueda descubrirse totalmente, desnudado de toda pretensión y defensa, confiando en que esta persona no le hiera, porque ella también se ha despojado de todo disfraz. Esta búsqueda de toda una vida puede comenzar a lograr su fin con el primer encuentro con A.A.

Una de las ideas que era distintiva de A.A. en los primeros años, ya no lo es: la idea de que el alcoholismo es una enfermedad. Aunque las discusiones sobre la naturaleza exacta de esta enfermedad y sobre sus posibles curaciones pueden no tener fin, parece que no hay ninguna persona razonable que dispute esta conclusión. No obstante, el impacto que tiene en el alcohólico el descubrimiento de este hecho por boca de otro alcohólico no ha disminuido en absoluto. Para muchos alcohólicos, inundados de culpabilidad y vergüenza, las palabras “descubrí que padecía de una enfermedad y encontré una forma de detenerla” representan una absolución inmediata, y a otros les ofrece, por lo menos, un resquicio de esperanza de que algún día puedan ganar la absolución.

Me parece que lo que le pasa al alcohólico en su primer encuentro con A.A. es que se da cuenta de que ha sido invitado a *compartir* en la experiencia de la recuperación. Y la palabra clave de esta frase es “compartir”. En ese momento no es importante si responde inmediatamente, ni si no responde nunca. Lo importante es que sea el invitado y siga siéndolo, y que se le haya invitado a participar

como igual y no como mendicante. Sea cual sea su primera reacción, aun al alcohólico más enfermo le resulta difícil negar que se le ha ofrecido comprensión, igualdad y una forma ya probada de librarse de su problema. Y se le hace sentir que, en realidad, *tiene derecho* a todo esto; ya se lo ha ganado sencillamente por ser alcohólico.

Si el alcohólico responde a esta invitación, entonces encuentra lo que creo es el segundo factor distintivo de A.A.: A.A. trata los *síntomas* primero. Puede que les sorprenda a algunos que, desde hace 30 años, cuando la idea era algo revolucionaria, A.A. siempre ha recalcado su convicción de que el alcoholismo es, en sus propias palabras, “el síntoma de problemas más profundos”. No obstante, A.A. cree también que el más ingenioso diagnóstico de estos problemas vale poco si el paciente muere. Las autopsias no benefician a aquellos a quienes se les hacen. Parece que, tarde o temprano, A.A. logra hacerles comprender a sus neófitos la importancia de la abstinencia completa. En A.A., puede decirse que se empieza la casa por el tejado. El primer paso sigue siendo el Primer Paso. Ningún principiante puede dudar de que la recuperación solamente puede empezar con la decisión de “alejarse del primer trago”. Y no tarda en darse cuenta de que nadie puede ni podrá tomar esta decisión por él. De hecho, descubre además que, si toma esta decisión, nadie le puede forzar a llevarla a cabo, ni le hará cumplirla. En A.A., la decisión se origina en el alcohólico y siempre permanece asunto suyo.

Tanto el deseo de tomar esta decisión como la capacidad para hacerlo, según lo veo, resulta a menudo de lo que parece ser la tercera cualidad distintiva de A.A.: La comprensión intuitiva que el alcohólico recibe, aunque es compasiva, no es indulgente. Los “terapeutas” de A.A. ya tienen sus doctorados en los cuatro campos en que los alcohólicos se destacan: la pretensión, el autoengaño, la evasión y la lástima de sí mismo. No se le *pregunta* al alcohólico lo que está pensando. Se le *dice* lo que está pensando. Nadie espera a cogerle mintiendo. Sus compañeros se le anticipan, citando las mentiras que está a punto de decir. A fin de cuentas, empieza a alcanzar la honestidad por

falta de recursos. No tiene mucho sentido tratar de engañar a aquellos que podrían haber inventado el juego que está jugando.

Hay además un cuarto factor en A.A. que, según me parece, no se puede encontrar en ninguna otra parte: la omnipresente, interminable y entusiasta disposición del alcohólico recuperado para hablar del alcoholismo en todos sus detalles, sus causas y motivos, su cómo y porqué. Sin que el principiante se dé cuenta, resulta que su fascinación con el alcohol, su sed, su deseo e incluso su necesidad de un trago, se diluyen en un mar de palabras. Siempre me ha parecido maravillosamente justo que la gente que una vez usó la boca para enfermarse ahora la usa para recuperarse.

Finalmente, existe en A.A. una forma inversa en el proceso educacional. No se pide al principiante que aprenda nuevos valores, sino que se despegue de los viejos; no se le pide que adopte nuevos objetivos, sino que abandone los viejos. A mi parecer, una de las más significantes frases del libro *Alcohólicos Anónimos* es la siguiente: “Algunos de nosotros tratamos de aferrarnos a nuestras viejas ideas y el resultado fue nulo hasta que nos deshicimos de ellas sin reserva”. Es casi increíble la rigidez con la que incluso algunos alcohólicos que no beben, se aferran a las opiniones, creencias y convicciones que tenían al ingresar en A.A. Uno de los objetivos principales de la terapia de A.A. es ayudar al alcohólico a reconocer estas ideas y a ponerse en disposición de renunciar a ellas.

Ahora bien, se puede preguntar, ¿dónde se pueden encontrar estos factores distintivos? ¿Dónde están obrando? ¿Dónde ocurren? ¿Es siempre la respuesta tal y tal reunión, a tal hora y en tal dirección? No. La verdadera respuesta es que esta terapia única ocurre cuandoquiera que se encuentren dos alcohólicos: en su casa, en un café, en la calle, en un coche, y —¡ay Dios mío!— por el teléfono. Hay un solo requisito: Uno de ellos debe estar sobrio. Pero ni siquiera esto es absolutamente necesario. Soy una prueba viviente de que dos alcohólicos borrachos, una vez que han conocido A.A., pueden convencerse mutuamente de volver.

En este punto puede que se haga la pregunta:

De toda esta unicidad, ¿qué es lo que finalmente ocurre? Admito que esto es el meollo del asunto, sin duda, y me gustaría que la respuesta fuese tan fácil de formular como la pregunta. Pensándolo mejor, hay una respuesta fácil. Puedo repetir un eco que se viene escuchando a lo largo de los pasillos de A.A. durante mucho tiempo. “El milagro de A.A. ocurre”. No cabe duda de que estas palabras me sacarían del apuro de una manera poética y graciosa. Pero no creo que supiéramos mucho más de lo que sabíamos antes de que se hiciera la pregunta.

Existe en A.A. la opinión generalizada de que si un principiante no hace más que seguir asistiendo a las reuniones, “al final, algo se te pegará”. Lo implicado, por supuesto, es que este “algo” que se le va a pegar, será el llamado milagro de A.A. No tengo la menor duda de que mucha gente en A.A. acepta esta declaración literalmente. Los he observado a lo largo de los años. Asisten fielmente a las reuniones, esperando fielmente a que “algo se les pegue”. Lo curioso es que “algo” sí se les pega. La muerte. Allá están sentados, semanas, meses y años, poniéndose cada vez más rígidos mental, espiritual y físicamente

Creo que el verdadero “milagro de A.A.”, el “algo” que esperamos se le pegará, es sencillamente el estar dispuesto a *actuar*. La razón por la que el alcohólico acaba teniendo esta disposición, espero tratarla con algún detalle más tarde. Por el momento, consideremos qué es lo que está dispuesto a hacer.

A.A. ha sido felizmente descrito como “un programa de acción”. De hecho, uno de nuestros aforismos más citados es: “Acción es la palabra mágica”. El principiante, al oírlo decir, se forma toda una imagen mental de asistir a reuniones, hacer lo que se llaman “visitas de Paso Doce” a otros alcohólicos, hablar en reuniones, integrarse en comités — en general una especie de ir y venir constante. Veremos si eso es lo que es de verdad.

Citamos a continuación el Capítulo V del libro *Alcohólicos Anónimos*:

“He aquí los pasos que dimos, que se sugieren como un programa de recuperación:

1. Admitimos que éramos impotentes ante

el alcohol, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables.

2. Llegamos a creer que un Poder superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio.

3. Decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios, *como nosotros Lo concebimos*.

4. Sin temor hicimos un minucioso inventario moral de nosotros mismos.

5. Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos, y ante otro ser humano, la naturaleza exacta de nuestros defectos.

6. Estuvimos enteramente dispuestos a dejar que Dios nos liberase de todos estos defectos de carácter.

7. Humildemente le pedimos que nos liberase de nuestros defectos.

8. Hicimos una lista de todas aquellas personas a quienes habíamos ofendido y estuvimos dispuestos a reparar el daño que les causamos.

9. Reparamos directamente a cuantos nos fue posible el daño causado, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para otros.

10. Continuamos haciendo nuestro inventario personal y cuando nos equivocábamos lo admitíamos inmediatamente.

11. Buscamos a través de la oración y la meditación mejorar nuestro contacto consciente con Dios, *como nosotros Lo concebimos*, pidiéndole solamente que nos dejase conocer su voluntad para con nosotros y nos diese la fortaleza para cumplirla.

12. Habiendo obtenido un despertar espiritual como resultado de estos pasos, tratamos de llevar este mensaje a los alcohólicos y de practicar estos principios en todos nuestros asuntos”.

Lo que acaban de oír son los renombrados Doce Pasos de A.A. Han sido descritos por diversos miembros en diversos tiempos en términos diversos, desde “La escalera dorada hacia la felicidad” hasta “todo eso de Dios”.

Ahora intentaré formular algunas preguntas que nos puedan ayudar a comprender el impacto que los Doce Pasos han tenido en las vidas de miles de alcohólicos, y la eficacia ya demostrada de los Pasos

para tratar el problema de alcoholismo.

Primero, ¿les sorprende a ustedes, como me sorprendió a mí, el que no haya nada físico en el programa — ninguna dieta de verduras y vitaminas, ningún régimen de ejercicios diarios? Creo que es así porque, desde el mismo comienzo, el alcohólico en A.A. ha creído que los aspectos físicos de nuestra enfermedad importarían poco si no fueran acompañados por un deterioro espiritual igualmente progresivo. Si la cosa por la que tuviéramos que preocuparnos más fuera la alergia física al alcohol, según mi parecer, A.A. nunca se habría formado, porque nunca se habría necesitado. En varias ocasiones he tenido fuertes reacciones alérgicas a ciertas comidas: a las fresas, pero no tuve que unirme a Fresas Anónimos; a la carne de cerdo, pero no tuve que cambiar de religión para abstenerme de comerla.

Entonces, si el alcoholismo es mayormente una enfermedad espiritual que requiere un tratamiento espiritual, ¿les sorprende a ustedes, como me sorprendió a mí, que no haya nada de nuevo en sentido espiritual, nada asombrosamente distinto, ni único en este programa? La mayoría de estas ideas han existido desde que el hombre salió arrastrándose de su caverna. Muchas ya existían en las sociedades primitivas, y todo alcohólico —por irreligioso y poco ético que hubiera logrado mantenerse— las habría utilizado, todas o algunas, en algún tiempo, como conjunto de valores con el que medirse a sí mismo. Creer que el alcohólico que se dirige a A.A. es un bárbaro inculto y sin principios, que experimenta una súbita y milagrosa transformación por la iluminación espiritual de A.A. que le fue inaccesible antes, es, en mi opinión, una pura tontería.

De nuevo se nos presenta un aspecto de la terapia de A.A. que ha tenido un impacto completamente nuevo sin tener, aparentemente, una correspondiente novedad de sustancia. ¿En qué podría estar la diferencia?

Creo que está *en la forma en que se presentan los Pasos* y no en el contenido de los Pasos: son relatos de acciones que se han tomado, y no reglas que no se deben violar so pena de la embriaguez.

A menudo me he preguntado cuál habría sido

la suerte de la humanidad si se hubieran presentado Los Diez Mandamientos de esta manera, en vez de presentarlos como mandamientos expresados de forma negativa o imperativa; es decir: “Honramos a nuestros padres”. “Santificamos las fiestas”. “Honramos el nombre de Dios y no lo tomamos en vano”. “No levantamos falso testimonio ni mentimos”.

En A.A. el relato es claro e inconfundible. “He aquí los pasos que dimos”, dicen aquellos que nos han precedido. El principiante acaba dándose cuenta de que él, también, tiene que dar estos Pasos, antes de que tenga derecho a relatarlos. Además, en un ambiente en que el tema constante es “Lo que hice” y “Lo que pienso”, ningún neurótico puede resistir mucho tiempo la tentación de entrar en acción. En una organización cuyos miembros están secretamente convencidos de que son únicos, ningún neurótico va a sentirse contento mucho tiempo con sólo oír relatar lo que los *otros* están haciendo. Ya sea por casualidad, por designio o por orientación sobrenatural, los Pasos están formulados y presentados de tal manera que el alcohólico puede ignorarlos completamente, aceptarlos parcialmente o abrazarlos de todo corazón. En cualquier caso, no puede relatar sino lo que *él* ha hecho. Sabe que, mientras no lo haga, en vez de ser miembro es un invitado de A.A., y esta es una situación que acaba por ser insoportable para el alcohólico. Tiene que dar al menos algunos de los Pasos o marcharse. A mi parecer, esto explica qué es lo que acaba pegándosele al alcohólico, inactivo y a veces hostil, que se queda esperando; y explica además, *por qué* ocurre.

La presentación de los Doce Pasos en forma de relatos de acciones que se han tomado, y no como mandamientos que hay que cumplir, constituye además la razón básica por la que una recopilación de dogma y doctrina brilla por su ausencia en A.A. Nunca se dice a ningún miembro que *tiene* que dar estos Pasos o volver a una vida borracha. Todo aquel que diga ser miembro de A.A. lo es, sea cual sea el grado de entusiasmo que muestre al aplicarse a los Pasos. Los miembros varían desde aquellos que anuncian a gritos e infatigablemente: “Me he

mantenido sobrio durante x años con sólo el Primer y el Duodécimo Paso”, hasta aquellos, igualmente incansables, que exhortan “Utiliza, no analices”. El primer grupo parece que puede, de alguna manera, ignorar la cláusula condicionante del Duodécimo Paso: “Habiendo obtenido un despertar espiritual como resultado de estos Pasos”, y que se queda contento con lo que otros miembros pueden considerar una sobriedad tristemente circunscrita y empobrecida. El último grupo, de forma igual, parece poder ignorar el hecho de que la misma exhortación a *no* analizar, se deriva de un análisis hecho por estos miembros.

Debido a que les dirijo estas palabras a ustedes como consejeros y futuros consejeros, y no como alcohólicos, no quiero extenderme en un detenido comentario sobre los Pasos. No obstante, creo que hay algunos aspectos de estos Pasos que no debemos pasar por alto, porque estoy seguro de que se les presentarán repetidas veces en su trabajo.

El primer aspecto es el que a veces se llama “esto de Dios”. Conforme A.A. se va convirtiendo en una Comunidad cada vez más internacional, según se va extendiendo allende los mares, más allá de la ética judeocristiana de la sociedad norteamericana donde fue fundado, ética que se ve puesta a prueba cada vez más aquí, este principio básico del programa A.A. de recuperación será, sin duda, sometido a una más profunda consideración y puesto más a menudo en tela de juicio.

Es obvio que los fundadores de A.A. creían que los alcohólicos tenían necesidad de un Poder superior a ellos mismos. Pero de nuevo, ya sea por casualidad, por designio o por orientación divina, se han abstenido prudentemente de definir este poder en términos estrictos. Aunque en la literatura de A.A. ha aparecido y sigue apareciendo el pronombre personal que denota el concepto de una deidad personal, no se exige en absoluto ninguna creencia en este concepto. De hecho, estoy convencido de que cuanto más tiempo lleva un miembro en A.A., menos importante es la *naturaleza* de este Poder. La mayoría de los miembros que conozco y yo también, parece que a lo largo de los años progresamos desde buscar a un Dios que podamos comprender

hasta creer en un Dios que nos comprende.

Los fundadores de A.A. además se apresuraron a exponer el uso original que hacían de los términos “experiencia espiritual” y “despertar espiritual” para describir la transformación de personalidad que creían indispensable para la recuperación permanente. En el Apéndice #2 del libro *Alcohólicos Anónimos* dice:

“Entre los miles de miembros de nuestra Comunidad que está siempre creciendo, tales transformaciones son frecuentes aunque no son la regla. La mayoría de nuestras experiencias son de las que el psicólogo William James llama ‘variedad educacional’, porque se desarrollan lentamente durante un cierto período de tiempo... Éste [el principiante] se da cuenta por fin de que se ha operado en él un profundo cambio en su reacción a la vida, y que ese cambio difícilmente pudo haberse realizado por obra de él solo”.

En las Doce Tradiciones, A.A. dice que tiene “una sola autoridad fundamental... un Dios amoroso tal como se exprese por la conciencia de nuestro grupo”. Permítanme, no obstante, que les recuerde que estos grupos están compuestos de alcohólicos y antes de que se pueda determinar lo que la conciencia colectiva haya decidido, incluso el ateo más militante o el más convencido agnóstico pueden haberse mantenido sobrios durante años.

Puede que les parezca a algunos de ustedes que en los Pasos Cuatro y Cinco A.A. se expone a ser acusada de valerse de equívocos. Estos Pasos dicen:

“4. Sin temor hicimos un minucioso inventario moral de nosotros mismos.

5. Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos y ante otro ser humano, la naturaleza exacta de nuestros defectos”.

Según parece, tenemos aquí una organización que afirma por un lado que la enfermedad del alcoholismo no supone ninguna culpabilidad moral y, por otro lado, sugiere a sus miembros que la recuperación lleva implícito el haber rendido cuenta de esta culpabilidad ante Dios y otro ser humano. A mí me parece que esta aparente paradoja se deriva del conocimiento que los fundadores de A.A. sacaron

de la experiencia. Creo que ellos descubrieron, como todos nosotros hemos descubierto desde entonces, que el principiante, sin importar lo que se le diga respecto a la enfermedad del alcoholismo, sigue *sintiéndose* culpable. No puede hacer la vista gorda a las *consecuencias morales* de su forma de beber: la pena que ha causado a la gente alrededor suyo y la vergüenza y degradación que se ha producido a sí mismo. Esta carga de culpabilidad convencional —y empleo la palabra “convencional” deliberadamente— junto con el terco deseo del alcohólico de aferrarse a ella, conforman la más vieja de las “viejas ideas”. Es la más vieja por ser la primera en aparecer y, en la mayoría de los casos, será la última en desaparecer. Pero tiene que desaparecer para que la actitud del alcohólico hacia sí mismo y, por consiguiente, hacia el mundo que le rodea pueda sufrir una transformación básica. Por ello creo que los fundadores de A.A. aprendían de su propia experimentación que es necesario ofrecer al alcohólico un medio *convencional* para deshacerse de su culpabilidad *convencional*. De aquí que tenemos el Cuarto y Quinto Paso.

Espero que se pueda ver ahora claramente que el programa de acción de A.A. no es aquel constante ir y venir, a menudo imaginado por los principiantes, ni tampoco los incansables esfuerzos para llevar el mensaje a otros alcohólicos. La acción, de hecho, se concentra en su mayor parte en el ser interior e involucra sus sentimientos y valores más profundos. Únicamente tres de los Pasos —el Quinto, el Noveno y el Duodécimo— se refieren a otra gente. Los demás tienen que ver con la vida interior del alcohólico. No obstante, el último resultado de observarlos es, por así decirlo, poner lo de dentro fuera; o sea, hacerle apartar la mirada de sí mismo y dirigirla hacia los demás.

Una frase que a menudo se cita del libro *Alcohólicos Anónimos* es: “El egocentrismo... es la raíz de nuestros problemas”. Y una de las primeras pruebas de la transformación básica de la personalidad del alcohólico en recuperación es el ofrecerse, lenta, vacilante, temblorosa pero persistentemente, a los demás. Los alcohólicos se cuentan entre los plusmarquistas del “dame” del mundo: “Dame

una oportunidad... Dame más tiempo... Dame comprensión... Dame amor". En A.A. estos mismos plusmarquistas del "dame" llegan a ser campeones de dar y, si lo pueden creer, algunos aprenden, incluso, a no querer nada a cambio.

La casa que A.A. ayuda a cada persona a construir para sí misma es para cada ocupante algo distinta, porque cada ocupante es su propio arquitecto. Para muchos, A.A. es como un regreso al hogar — como el del Hijo Pródigo a la casa y a la fe de sus padres. Para otros, es un viaje sin fin a países en que nunca hubieran soñado. No importa en cuál categoría el individuo se encuentre. Lo verdaderamente importante es que A.A. haya demostrado, sin lugar a dudas, que la casa que construye, puede acomodar tanto al rebelde como al conformista, tanto al radical como al conservador, tanto al agnóstico como al creyente. La ausencia de dogma formalizado, de reglas y mandamientos, la naturaleza no específica de sus definiciones, la flexibilidad de su estructura — todas las cosas que hemos venido considerando, contribuyen a lograr ente increíble final feliz.

Pero lo que asegura el resultado y mantiene autodeterminado, al alcohólico recuperado en A.A. es, según creo, uno de los principios más importantes, aunque menos notados, que obran en la Comunidad. Los mismos factores que he acabado de enumerar significan que a cualquier hora de cualquier día cualquier alcohólico puede encontrar a algún miembro de A.A. quien, de buena fe, estará conforme con lo que ya haya decidido hacer. Por otro lado, el mismo alcohólico a cualquier hora de cualquier día puede encontrar a otro miembro quien, de buena fe, estará disconforme con lo que ya ha decidido hacer. Por lo tanto, tarde o temprano, el alcohólico recuperado en A.A. se ve obligado a pensar por sí mismo. Tarde o temprano, se encuentra pareciéndose a la tortuga, esa criatura humilde que no hace progreso hasta que no se arriesga a dar la cara. La flexibilidad informe de los principios de A.A., según sean interpretados por sus diversos adherentes, acaba forzando al alcohólico a tomar una postura en la que tiene que emplearse únicamente a sí mismo como punto de referencia para sus acciones, y esto a la vez significa que tiene

que estar dispuesto para aceptar las consecuencias de sus acciones. En mi opinión, ésta es la definición de la madurez emocional.

Sería maravilloso si pudiera ahora cerrar mi libro e irme bañado en luz y dulzura, dejando atrás mis premisas elegantemente sentadas para que se valgan por sí mismas. Pero si lo hiciera, les estaría perjudicando a ustedes como futuros consejeros. Para cada miembro de A.A., llega el día —algunos lo admiten, otros lo guardan en secreto— en que una duda le empieza a roer y atormentar. A veces las palabras son: “¿Es A.A. suficiente?” O puede que la pregunta tome una forma más fatalista: “¿Nunca habrá nada más que A.A.?” Y en otros casos, se formula sencillamente así “¿Y ahora qué, hombre, ahora qué?”

Puede llegar el día en que una de estas almas atormentadas se presente en su oficina dándole alguno de estos razonamientos:

“A.A. es una organización de personas enfermas y creo que sería una desventaja para mí quedarme más tiempo con ellas”.

“A.A. siempre está orientada hacia el principiante. Los veteranos no tienen ninguna posibilidad de seguir desarrollándose”.

“A.A. es en realidad una especie de subcultura y puede aislarte de la corriente principal de la vida”.

¿Por qué estas frases me saltan a la boca con tanta facilidad? Porque primero me las dije a mí mismo, y a lo largo de los años he oído repetirlas tanto a aquellos que me han precedido como a aquellos que llegaron después que yo.

Si las oyen ustedes, o cuando las oigan, todas o algunas, les ruego no tomarlas a la ligera. La razón por la que se siguen repitiendo con tanta insistencia está en que en ellas hay mucha verdad.

La culpabilidad, el miedo y la inquietud que estos pensamientos suscitan en el miembro de A.A. se deben principalmente, según lo veo yo, al siguiente hecho sencillo: Mucho antes de que dejemos entrar estas ideas en nuestra conciencia, hemos sido exhortados por muchos defensores de la fe A.A. que “A.A. es todo lo que necesitas”. Parece que nunca se les ocurre —ni a sus oyentes— que

un simple cambio a primera persona haría que la exhortación fuese completamente acertada. “A.A. es todo lo que necesito” es una declaración personal que puede fortalecer a muchos, sin molestar a nadie.

En toda la literatura de A.A. no puedo encontrar ninguna evidencia para justificar el, a veces supuesto y a veces preconizado, precepto de que el alcohólico recuperado, o en recuperación, sólo debe interesarse en la terapia de A.A. De hecho, las historias de miles de miembros ponen de manifiesto todo lo contrario. Durante toda mi vida, por ejemplo, yo he sido católico, de diversos grados de intensidad y a diversas alturas de virtud. Además, después de cumplir once años sobrio en A.A. estuve en tratamiento psicoanalítico durante varios años. Nunca me ha parecido que ninguno de estos intereses y empresas excluya a cualquiera de los demás. Me parece siempre oportuno recordar las palabras de la Biblia: “Hay un tiempo y un lugar para cada cosa”. Si alguno de ustedes me pidiera esta noche que le ayudara con su problema con la bebida, no le haría la pregunta: “¿Quisiera ir conmigo a misa el domingo que viene?” ni si le interesaría pedir cita con el que fue mi analista. Pero no vacilaría en preguntarle: “¿Quisiera ir conmigo a una reunión de A.A.?”... “Hay un tiempo y un lugar para cada cosa”. Creo que el verdadero peligro está en la suposición del alcohólico recuperado de que si desea trasladarse a otro lugar y tiempo, tiene forzosamente que dejar A.A. atrás. No hay nada menos cierto. No podría haber nada más innecesario.

La declaración que se oye a menudo, “A.A. es todo lo que necesitas”, tiene el son hueco del temor — temor a que, si algún miembro disiente de la creencia de que A.A. es la única y consumada solución a todos los problemas del alcohólico, todos los demás miembros perecerán con él. Una vez me aferré a esta actitud respecto a mi religión. De hecho, llegué a A.A. estrechándola contra mi pecho. ¡Qué triste habría sido, si hubiera aprendido a renunciar a una “vieja idea” sólo para sustituirla por otra!

Esta búsqueda de la perfección, de la única Solución Perfecta, es el distintivo del neurótico.

Desde sus días en el Paraíso, el ser humano ha pedido a gritos: “Dame un rito; dame alguna palabra; dame una oración; dame un cántico, una cruz, una reliquia, un rosario, una mantra, una adivinanza; dame algo, lo que sea, con tal de que contenga una fórmula mágica y mecánica que yo pueda decir o tocar o hacer — y todo estará bien”.

Aplicar este mismo criterio poco realista a Alcohólicos Anónimos, es tan injusto como lo sería, o lo ha sido, aplicarlo a cualquier otra institución humana. La verdadera libertad está en la comprensión y tranquila aceptación de la posibilidad de que no haya ninguna solución *perfecta*. Porque le toca a cada ser humano descubrir y compartir lo que funcione para él.

A fin de cuentas, estoy convencido de que yo, al igual que otros muchos, he optado por quedarme en A.A., porque únicamente allí podemos volver a vivir la experiencia original de la recuperación. Únicamente allí podemos ser una parte activa del empeño diario de todos los miembros —a veces mejor, a veces peor, a veces enérgico, a veces flojo— pero siempre un empeño en ser gente un poco mejor de lo que fuimos ayer. Si usted no es alcohólico, o no es miembro de A.A., casi les puedo oír decir: “Sin duda, este hombre se da cuenta de que este empeño diario se hace en otros grupos y en otras organizaciones”. Por supuesto que me doy cuenta de esto. He sido y sigo siendo miembro de algunos de estos mismos grupos y organizaciones. Pero únicamente en A.A. tengo la posibilidad de *compartir* este empeño con la amplitud e intensidad que han dado a mi vida un nuevo significado. Cada vez más, año tras año en A.A., dondequiera que vaya, dondequiera que mire, la palabra clave, el agente activador, el catalizador supremo, parece ser esa palabra sencilla, “compartir”.

No obstante, como todas las bendiciones, esta intensidad de compartimiento, esta compenetración de un alcohólico con otro, lleva consigo un peligro correspondiente. De alguna forma sutil, favorece también a la oculta pero omnipresente necesidad del alcohólico de retirarse de la corriente principal y volver la mirada sobre sí mismo. El aprender a sustituir el egocentrismo por un grupo, por grande

que sea, no es sino una recuperación parcial.

Es probable que A.A. siempre cuente entre sus miembros con aquellos que, por temor o por ira, deseen hacer de A.A. una especie de ghetto espiritual, como un monasterio mixto, donde los alcohólicos se escondan a restañar sus heridas e inventar palabras pueriles y defensivas como “normalito” y “borrachín” y señalar con dedos acusadores a los tigres “allí afuera”.

Ha de llegar el día, creo, en que todo alcohólico, dentro o fuera de A.A., tendrá que sentarse en presencia de sus enemigos. Cuando lo haga, se quedará maravillado ante el descubrimiento de que está asistiendo a una reunión compuesta de un solo individuo — él mismo. El día en que el alcohólico se dé cuenta de que su enemigo está adentro, de que los tigres son mayormente criaturas de su propia fabricación y se emboscan en su propio inconsciente, será el día en que, para él, A.A. se convierta en lo que creo que sus fundadores querían que fuese: una fuga *hacia* la realidad.

Dio la casualidad que yo estaba en San Francisco poco después de asistir a *mi* reunión con *mis* enemigos, e hice un corto recorrido por la calle Palmer, hacia el Embarcadero, en uno de aquellos graciosos tranvías que tienen allí. Llegado allí, vi pasar algo extraño y maravilloso. Todos los pasajeros que me habían acompañado en el recorrido se bajaron juntos, sin esperar a los conductores, y se pusieron a darle la vuelta para subir el largo y empinado declive que acababa de bajar. E hice con ellos el recorrido de vuelta, hacia la cumbre de la cuesta con su vista espectacular del puente de la Puerta Dorada.

Se me ocurrió entonces que esto era lo que A.A. había sido para mí y lo que esperaba que fuera siempre para los demás: un vehículo absurdamente sencillo, construido improvisadamente, ruidoso, pero no obstante, un vehículo, sólido y ardientemente querido que me había pedido a mí, así como a los demás pasajeros, que le diéramos la vuelta para que todos pudiéramos ascender la cuesta que habíamos descendido, hasta volver a ver el puente — el puente hacia la vida normal.

Esta noche, si pudiera citar un fallo de A.A., sería

que no hemos empezado a aprovechar la potencia implícita en las siete últimas palabras del Duodécimo Paso: “practicar estos principios en todos nuestros asuntos”.

Hace poco tiempo se me ocurrió que cuando estoy sentado en una reunión de A.A. nunca soy consciente de que estoy sentado al lado de otro hombre blanco, otro católico, otro americano, o un francés, un alemán, un musulmán, un hindú, un hombre negro o rojo. Soy únicamente consciente de que estoy sentado al lado de otro alcohólico. Y me parece de alta significación que este sentimiento de humanidad común lo he logrado a costa de mucho dolor y sufrimiento.

¿Debe esta comprensión, y compasión ganadas a duras penas, quedar limitadas a las salas de reunión y a los miembros de A.A.? O, ¿me incumbe a mí sacar provecho de todo lo que he aprendido y experimentado, no solamente en A.A. sino en toda esfera y empresa de mi vida, para levantar la cabeza y asumir mi debido lugar en la familia humana? Allí, en la casa de Dios, ¿puedo darme perfecta cuenta de que no estoy sentado al lado de otro hombre blanco, otro católico, otro americano, ni al lado de un francés, un judío, un musulmán, un hindú, un negro o un rojo, ni siquiera al lado de otro alcohólico, y puedo, finalmente, Dios lo quiera, volver a casa, después de *todas* las guerras, y decir desde lo más profundo de mi alma, “Estoy sentado al lado de otro ser humano”?

Señoras y señores, ¿quién se atrevería a analizar un fenómeno, esquematizar una maravilla o un milagro? La respuesta es: nadie sino un tonto. Y espero que, esta noche, no haya sido tan tonto. Lo que he intentado hacer es únicamente decirles dónde he estado durante los pasados 16 años, y algunas de las cosas que he llegado a creer debido a mis experiencias.

El sábado que viene, en las iglesias de muchos de nosotros, se va a leer esa parte del evangelio de San Mateo que cuenta cómo Juan Bautista, consumiéndose en prisión, al oír de las obras de su primo Jesús, envió a dos de sus discípulos para preguntarle: “¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?” Y Cristo hizo lo que a menudo hacía. No

les dio una respuesta directa, porque quería que Juan decidiera por sí mismo. Y entonces les dijo a los discípulos: “Vuelvan a Juan y díganle lo que han oído y lo que han visto: los ciegos ven; los cojos caminan; los leprosos están limpios; los sordos oyen; los muertos se levantan y a los pobres se les predica el evangelio”. En mi niñez, cuando estaba estudiando el catecismo, me enseñaron que en este caso los “pobres” no significaba únicamente los que eran pobres en el sentido material, sino también los “pobres de espíritu”, que sentían una ardiente hambre y sed internas; y que la palabra “evangelio” significaba literalmente la “buena nueva”.

Hace más de 16 años, cuatro hombres, mi jefe, mi médico, mi pastor y el único amigo que me quedaba —trabajando individual y conjuntamente— se las arreglaron para dirigirme a A.A. Esta noche, si me hicieran la pregunta: “Dinos, ¿qué es lo que has encontrado?”, les diría lo que ahora les digo a ustedes:

“No puedo decirles sino lo que he oído y visto: Parece que en realidad los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos están limpios, los sordos oyen, los muertos se levantan y un sinnúmero de veces, en medio del día más largo o de la noche más oscura, a los pobres de espíritu se les dice la buena nueva”.

Que Dios quiera que sea siempre así.

LOS DOCE PASOS DE ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS

1. Admitimos que éramos impotentes ante el alcohol, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables.

2. Llegamos a creer que un Poder superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio.

3. Decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios, *como nosotros lo concebimos*.

4. Sin temor, hicimos un minucioso inventario moral de nosotros mismos.

5. Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos, y ante otro ser humano, la naturaleza exacta de nuestros defectos.

6. Estuvimos enteramente dispuestos a dejar que Dios nos liberase de todos estos defectos de carácter.

7. Humildemente le pedimos que nos liberase de nuestros defectos.

8. Hicimos una lista de todas aquellas personas a quienes habíamos ofendido y estuvimos dispuestos a reparar el daño que les causamos.

9. Reparamos directamente a cuantos nos fue posible, el daño causado, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para otros.

10. Continuamos haciendo nuestro inventario personal y cuando nos equivocábamos lo admitíamos inmediatamente.

11. Buscamos, a través de la oración y la meditación, mejorar nuestro contacto consciente con Dios, *como nosotros lo concebimos*, pidiéndole solamente que nos dejase conocer su voluntad para con nosotros y nos diese la fortaleza para cumplirla.

12. Habiendo obtenido un despertar espiritual como resultado de estos pasos, tratamos de llevar este mensaje a otros alcohólicos y de practicar estos principios en todos nuestros asuntos.

LAS DOCE TRADICIONES DE ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS

1. Nuestro bienestar común debe tener la preferencia; la recuperación personal depende de la unidad de A.A.

2. Para el propósito de nuestro grupo sólo existe una autoridad fundamental: un Dios amoroso tal como se exprese en la conciencia de nuestro grupo. Nuestros líderes no son más que servidores de confianza. No gobiernan.

3. El único requisito para ser miembro de A.A. es querer dejar de beber.

4. Cada grupo debe ser autónomo, excepto en asuntos que afecten a otros grupos o a A.A., considerado como un todo.

5. Cada grupo tiene un solo objetivo primordial: llevar el mensaje al alcoholico que aún está sufriendo.

6. Un grupo de A.A. nunca debe respaldar, financiar o prestar el nombre de A.A. a ninguna entidad allegada o empresa ajena, para evitar que los problemas de dinero, propiedad y prestigio nos desvíen de nuestro objetivo primordial.

7. Todo grupo de A.A. debe mantenerse completamente a sí mismo, negándose a recibir contribuciones de afuera.

8. A.A. nunca tendrá carácter profesional, pero nuestros centros de servicio pueden emplear trabajadores especiales.

9. A.A. como tal nunca debe ser organizada; pero podemos crear juntas o comités de servicio que sean directamente responsables ante aquellos a quienes sirven.

10. A.A. no tiene opinión acerca de asuntos ajenos a sus actividades; por consiguiente su nombre nunca debe mezclarse en polémicas públicas.

11. Nuestra política de relaciones públicas se basa más bien en la atracción que en la promoción; necesitamos mantener siempre nuestro anonimato personal ante la prensa, la radio y el cine.

12. El anonimato es la base espiritual de todas nuestras Tradiciones, recordándonos siempre anteponer los principios a las personalidades.

LOS DOCE CONCEPTOS PARA EL SERVICIO MUNDIAL

I. La responsabilidad final y la autoridad fundamental de los servicios mundiales de A.A. deben siempre residir en la conciencia colectiva de toda nuestra Comunidad.

II. La Conferencia de Servicios Generales se ha convertido, en casi todos los aspectos, en la voz activa y la conciencia efectiva de toda nuestra Comunidad en sus asuntos mundiales.

III. Para asegurar su dirección eficaz, debemos dotar a cada elemento de A.A. — la Conferencia, la Junta de Servicios Generales, y sus distintas corporaciones de servicio, personal directivo, comités y ejecutivos — de un Derecho de Decisión tradicional.

IV. Nosotros debemos mantener, a todos los niveles de responsabilidad, un “Derecho de Participación” tradicional, ocupándonos de que a cada clasificación o grupo de nuestros servidores mundiales les sea permitida una representación con voto, en proporción razonable a la responsabilidad que cada uno tenga que desempeñar.

V. En toda nuestra estructura de servicio mundial, un “Derecho de Apelación” tradicional debe prevalecer, asegurándonos así que se escuche la opinión de la minoría, y que las peticiones de rectificación de los agravios personales sean consideradas cuidadosamente.

VI. La Conferencia reconoce también que la principal iniciativa y la responsabilidad activa en la mayoría de estos asuntos, deben ser ejercida en primer lugar por los miembros custodios de la Conferencia, cuando ellos actúan como la Junta de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos.

VII. La Carta Constitutiva y los Estatutos son instrumentos legales, y los custodios están, por consiguiente, totalmente autorizados para administrar y dirigir todos los asuntos de servicios. La Carta de la Conferencia en sí misma no es un instrumento legal; se apoya en la fuerza de la tradición y en las finanzas de A.A. para su eficacia.

VIII. Los Custodios son los principales planificadores y administradores de los grandes asuntos de política y finanzas globales. Con respecto a nuestros servicios constantemente activos e incorporados separadamente, los Custodios, como síndicos fiscales, ejercen una función de supervisión administrativa, por medio de su facultad de elegir a todos los directores de estas entidades.

IX. Buenos directores de servicio en todos los niveles son indispensables para nuestro funcionamiento y seguridad en el futuro. La dirección básica del servicio mundial que una vez ejercieron los fundadores de Alcohólicos Anónimos, tiene necesariamente que ser asumida por los Custodios.

X. A cada responsabilidad de servicio, le debe corresponder una autoridad de servicio equivalente, y el alcance de tal autoridad debe estar siempre bien definido.

XI. Los Custodios deben siempre contar con los mejores comités permanentes y con directores de las corporaciones de servicio, ejecutivos, personal de oficina y consejeros bien capacitados. La composición, cualidades, procedimientos de iniciación y derechos y obligaciones serán siempre asuntos de verdadero interés.

XII. La Conferencia cumplirá con el espíritu de las Tradiciones de A.A., teniendo especial cuidado de que la Conferencia nunca se convierta en sede de peligrosa riqueza o poder; que fondos suficientes para su funcionamiento, más una reserva adecuada, sean su prudente principio financiero, que ninguno de los miembros de la Conferencia sea nunca colocado en una posición de autoridad desmedida sobre ninguno de los otros, que se llegue a todas las decisiones importantes por discusión, votación y, siempre que sea posible, por unanimidad substancial; que ninguna actuación de la Conferencia sea punitiva a personas, o una incitación a controversia pública, que la Conferencia nunca deba realizar ninguna acción de gobierno autoritaria, y que como la Sociedad de Alcohólicos Anónimos, a la cual sirve, la Conferencia en sí misma siempre permanezca democrática en pensamiento y en acción.

PUBLICACIONES DE A.A. Aquí hay una lista parcial de publicaciones de A.A. Se pueden obtener formularios de pedidos completos en la Oficina de Servicios Generales de ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS, Box 459, Grand Central Station, New York, NY 10163. Teléfono: (212) 870-3400; Sitio web: aa.org.

LIBROS

ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS
DOCE PASOS Y DOCE TRADICIONES
REFLEXIONES DIARIAS
A.A. LLEGA A SU MAYORÍA DE EDAD
COMO LO VE BILL
EL DR. BOB Y LOS BUENOS VETERANOS
'TRANSMÍTELO'

LIBRILLOS

VIVIENDO SOBRIO
LLEGAMOS A CREER
A.A. EN PRISIONES — DE PRESO A PRESO

FOLLETOS

Experiencia, fortaleza y esperanza:

LAS MUJERES EN A.A.
LOS JÓVENES Y A.A.
A.A. PARA EL ALCOHÓLICO DE EDAD AVANZADA—
NUNCA ES DEMASIADO TARDE
A.A. PARA EL ALCOHÓLICO NEGRO Y AFROAMERICANO
A.A. PARA EL NATIVO NORTEAMERICANO
LOS ALCOHÓLICOS LGBTQ EN A.A.
LA PALABRA "DIOS": LOS MIEMBROS DE A.A. AGNÓSTICOS Y ATEOS
A.A. PARA LOS ALCOHÓLICOS CON PROBLEMAS DE SALUD MENTAL —
Y SUS PADRINOS
ACCESO A A.A.: LOS MIEMBROS HABLAN SOBRE SUPERAR LAS BARRERAS
A.A. Y LAS FUERZAS ARMADAS
¿SE CREE USTED DIFERENTE?
MUCHAS SENDAS HACIA LA ESPIRITUALIDAD
CARTA A UN PRESO QUE PUEDE SER ALCOHÓLICO
ES MEJOR QUE ESTAR SENTADO EN UNA CELDA
(Folleto ilustrado para los presos)

Acerca de A.A.:

PREGUNTAS FRECUENTES ACERCA DE A.A.
¿ES A.A. PARA MÍ?
¿ES A.A. PARA USTED?
UN PRINCIPIANTE PREGUNTA
¿HAY UN ALCOHÓLICO EN SU VIDA?
ESTO ES A.A.
PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE EL APADRINAMIENTO
EL GRUPO DE A.A.
PROBLEMAS DIFERENTES DEL ALCOHOL
EL MIEMBRO DE A.A. — LOS MEDICAMENTOS Y OTRAS DROGAS
EL AUTOMANTENIMIENTO: DONDE SE MEZCLAN
LA ESPIRITUALIDAD Y EL DINERO
LOS DOCE PASOS ILUSTRADOS
LAS DOCE TRADICIONES ILUSTRADAS
LOS DOCE CONCEPTOS ILUSTRADOS
CÓMO COOPERAN LOS MIEMBROS DE A.A. CON LOS PROFESIONALES
A.A. EN LAS INSTITUCIONES CORRECCIONALES
A.A. EN LOS ENTORNOS DE TRATAMIENTO
UNIENDO LAS ORILLAS
LA TRADICIÓN DE A.A. — CÓMO SE DESARROLLÓ
SEAMOS AMISTOSOS CON NUESTROS AMIGOS
COMPRENDIENDO EL ANONIMATO

Para profesionales:

A.A. EN SU COMUNIDAD
UNA BREVE GUÍA A ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS
SI USTED ES UN PROFESIONAL, A.A. QUIERE TRABAJAR CON USTED
A.A. COMO RECURSO PARA LOS PROFESIONALES DE LA SALUD
¿HAY UN BEBEDOR PROBLEMA EN EL LUGAR DE TRABAJO?
LOS MIEMBROS DEL CLERO PREGUNTAN ACERCA DE A.A.
ENCUESTA SOBRE LOS MIEMBROS DE A.A.
EL PUNTO DE VISTA DE UN MIEMBRO DE A.A.

VÍDEOS (disponible en aa.org, subtítulado)

VÍDEOS DE A.A. PARA LOS JÓVENES
ESPERANZA: ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS
UNA NUEVA LIBERTAD
LLEVANDO EL MENSAJE DETRÁS DE ESTOS MUROS

Para profesionales:

VÍDEO PARA PROFESIONALES DE LA SALUD
VÍDEO PARA PROFESIONALES JURÍDICOS Y DE CORRECCIONALES
VÍDEO PARA PROFESIONALES DE EMPLEO/RECURSOS HUMANOS

REVISTAS

LA VIÑA (bimensual)
AA GRAPEVINE (mensual, en inglés)

DECLARACIÓN DE UNIDAD

Debemos hacer esto para el futuro de A.A.: Colocar en primer lugar nuestro bienestar común para mantener nuestra comunidad unida. Porque de la unidad de A.A. dependen nuestras vidas, y las vidas de todos los que vendrán.

Yo soy responsable...

Cuando cualquiera, dondequiera, extienda su mano pidiendo ayuda, quiero que la mano de A.A. siempre esté allí.

Y por esto: **Yo soy responsable.**

ISBN 978-1-644270-62-2



9 781644 270622